RESEÑA DE LIBROS

IV. HISTORIA Y SOCIEDAD

COMOTTI, GIOVANNI. — La musica nella cultura greca e romana. Storia della musica a cura della Società Italiana di Musicologia, vol. I, parte prima. Turín, E. D. T., 1979, XIV + 112 pp.

«Eppur si muove» es una frase murmurada, más célebre, quizá, que el conjunto de frases e ideas que constituyen tratados como el de los Máximos Sistemas o el del isocronismo de los cuerpos. Menos conocidos aún, y en un coto asaz distinto, son los trabajos de Vincenzo Galilei, padre de Galileo y excepcional músico. A éste debemos la primera publicación (1581) de los himnos supuestamente atribuidos a Mesomedes, músico de la época de Adriano.

Más tarde, y siempre en el marco de la investigación de la historia musical, aparece, en 1650, en la Misurgia Universalis de Atanasio Kircher, el fragmento de la primera Pítica de Píndaro. Y en 1841, Bellermann publica seis pasos instrumentales presentados a título de ejemplo en una serie de escritos teóricos anónimos de época tardía. Estas escasas noticias configuraban hasta hace 140 años el panorama histórico de la música de la Antigüedad. A partir de entonces, cada vez ha sido más y mejor recibida la información musical de la Antigüedad. En este conjunto erudito aparece una obra divulgativa pero seria y bien documentada en fuentes sólidas: La musica nella cultura greca e romana de Giovanni Comotti. La primera novedad que esta obra ofrece sobre muchas otras de mayor celebridad*, es que por primera vez formula los avances de la música en un conjunto socio-cultural, estableciendo relaciones recíprocas entre acontecimiento histórico y música: así, por ejemplo, el final de la Edad Micénica coincide con el florecer de una intensa actividad poética y musical que obedece a una transformación profunda que se opera en el ámbito de la sociedad griega, surgiendo entre ciudad y campo una relación que ya no es antagónica entre señor feudal y geografía circundante, sino de compenetración e integración: en consecuencia, nace la polis, y con la ciudad-estado un modelo de organización territorial nunca visto en el mundo antiguo. Nos dice Comotti que esta nueva dimensión política ofrece a los ciudadanos medios nuevos de participación socio-cultural en las fiestas y ceremonias religiosas; hecho que nos permite observar que la música se convierte en el espejo de la estructura política, reflejando en su propio orden las nuevas formas de orden de esta sociedad en transición.

La historia tratada como una evolución conceptual incluye a la música como evolución de conceptos, y éstos nos permiten ver, según Comotti, que, en sus orígenes, la música griega fue melodía, y griegos y romanos ignoraban del todo la harmonía en la acepción moderna del término; sólo hacia el siglo VI, el sentido original del término harmonía adquiere un espacio semántico mucho más amplio del de «escala modal» atribuido por los teóricos de la época helenística. Contribu-

^{*} Ejemplos: F. A. Gevaert, Histoire et théorie de la musique de l'antiquité, dos vols., Gante 1875-1881; Th. Reinach, La musique grecque, París 1926; C. Sachs, The History of Musical Instruments, Nueva York 1940, y The Rise of Music in the Ancient World, Nueva York 1943.

yendo a esta revisión histórica de la música, encontramos ya a Píndaro adherido al nuevo concepto de harmonía.

A todo lo largo de la primera parte del texto, Comotti describe y demuestra el matrimonio y sucesivo divorcio de la poesía y la música, cónyuge este último que ocupó el lugar de un simple paredro al lado del arte poético, para más tarde independizarse en vías de la creación autónoma. La segunda parte es un conciso resumen de la música romana en el que se destaca que este pueblo no asumió posiciones originales en la elaboración de la teoría musical. Sin embargo, pudo como Imperio ser aglutinante de hechos musicales diversos procedentes desde Egipto (Propercio IV 8, 39 ss.), Siria (las Ambubaiae de Horacio, Sat. I 2, 1) o España (las bailarinas de Cádiz, Marcial, Epigr. VI 71, 1, 8 ss.).

En su parte final, el texto está equipado de un buen apéndice en forma de glosario musical y lectura de fragmentos poéticos e históricos dedicados a la música. Sin duda, la mejor aportación del texto es la novedad de conceptos inteligentes que, como norma, han acotado el camino de la documentación histórica y no el de la hipótesis fantástica.

ENRIQUE AGUIRREZABALA C.

Santos Yanguas, Narciso y Picazo, Marina. — La colonización griega. Comercio y colonización de los griegos en la Antigüedad. Prólogo de A. Prieto Arciniega. Madrid, Akal Editor, 1980, 415 pp., 14 mapas.

Tal vez piense el lector que este libro no merece tiempo ni espacio. Pero el eventual lector, el estudiante, el distraído profesor, ellos sí merecen que sea reseñado. Miren estos párrafos:

Slighter Mycenaean finds have been made in Italy -notably on the island of Ischia, where the city of Pithekoussai was later to be founded, in Etruria and in Malta. While echoes of Mycenaean civilization may be caught as far away as Spain or even Britain, there is no question of direct connections with the Aegean world. The memory of Greeks in Italy and Sicily survived in a most confused form in some myths, and especially in the stories of Odysseus' wanderings, but the break in contact after 1200 BC was almost complete, and the later Greek voyages to the west do not seem to have been conditioned or guided by the experience of their Mycenaean forebears as much as they were in the east, where the break was incomplete or of considerably shorter duration.

Se han llevado a cabo igualmente otros hallazgos micénicos de menor importancia en Italia, en especial en la isla de Isquia, donde con posterioridad se fundaría la colonia de Pitecusa, así como en Etruria y Malta. A pesar de que puedan rastrearse elementos de la civilización micénica en regiones tan alejadas como la Península Ibérica o Gran Bretaña, en estos últimos casos no se trata de vinculaciones y conexiones directas con el mundo egeo. Por otro lado, el recuerdo de la presencia griega en Italia y Sicilia sobrevivió de forma bastante confusa en algunos mitos, y de manera especial en los relatos de las hazañas y andanzas de Odiseo, aunque la desaparición de dichos contactos con posterioridad al año 1200 fue casi completa y los posteriores viajes griegos al Mediterráneo occidental no parecen

condicionados ni guiados por la experiencia de sus predecesores micénicos, tal como sucede en Oriente, donde la ruptura revistió un carácter incompleto o, al menos, de una duración mucho más breve.

En fait, nous ne sommes éclairés sur le rôle des oikistes que pour des colonies assez tardives dont nous possédons les décrets de fondation: ainsi le decret de la fondation de la colonie athénienne de Bréa en Thrace, fondée au Ve siècle, dans le contexte un peu particulier de l'empire athénien. Les pouvoirs attribués à l'oikiste Démoclidès sont extrêmement étendus: c'est lui qui présidera en particulier à l'établissement de colons, assisté de 30 geonomoi pour procéder au partage du sol et de 10 apoikistai (ces magistrats étaient destinés à procéder à la répartition du sol et à l'établissement des colons). Sans doute aussi donne-t-il à la cité ses institutions. mais, la colonia établie, Démoclidès rentre à Athènes. Pour Thourioi également, nous avons quelques précisions sur les pouvoirs de l'oikiste Lampon qui, comme Démoclidès, rentra à Athènes une fois sa mission accomplie.

En realidad no estamos suficientemente informados acerca del papel de los oikistes más que para algunas colonias cuva fundación se produjo ya en una época bastante tardía y de las que poseemos los decretos de fundación: así, el decreto de fundación de la colonia ateniense de Brea en Tracia, fundada en el transcurso del siglo v y encuadrada en el contexto un poco particular del Imperio ateniense. Los poderes asignados al oikistes Democlides son enormemente amplios: es él quien estará presente de forma particular en el establecimiento de los colonos, ayudado por 30 geonomoi para poder proceder a la distribución del nuevo territorio, y de 10 apoikistai, magistrados destinados igualmente para proceder a la repartición del suelo y al asentamiento de los colonos. Sin duda fue también él quien dio a la ciudad sus instituciones, pero, tras quedar establecida la colonia, Democlides volvió a Atenas. Igualmente contamos con algunas precisiones respecto a Turios acerca de los poderes del oikistes Lampón, quien, al igual que Democlides, regresó a Atenas una vez cumplida su misión.

Son párrafos iguales. Es evidente que los de la segunda columna son traducción de los de la primera. El texto inglés pertenece a J. Boardman, The Greeks Overseas, Londres 1964, mientras que el francés está tomado de C. Mossé, La colonisation dans l'antiquité, París 1970. Las dos acotaciones en español corresponden a las páginas 314-315 y 80 respectivamente del libro de nuestro comentario. Y no crean que son deslices ocasionales, descuidos que han llevado a Santos Yanguas a confundir fichas y a tener por notas propias lo que eran tomas literales de escritos ajenos. Todo, virtualmente todo el libro de Boardman y todo, virtualmente todo el libro de Mossé están traducidos a la letra en esta obra, en la que se ha llegado a extremos que me hacen temblar. ¿Qué aporta el autor? Pues algunos párrafos intercalados —no descarto que a su vez tengan fuente— y la erudición inútil de muchas notas.

Veamos algunos paralelos más, que damos abreviadamente (comienzo y final de los párrafos aludidos) y puede comprobar el lector. Las páginas de Boardman las damos por la traducción de Alianza Editorial (Madrid 1975).

Boardman, p. 216:

Hay algunos testimonios literarios... como Samos, famoso por sus bronces, o incluso Focea.

Boardman, p. 32:

Los historiadores del siglo VI, en especial Éforo... escritores posteriores.

Mossé, pp. 47-48:

D'autres sites, comme Monte Bubbonia ou Monte San Mauro, ne tombèrent... avec des caractères purement grecs dès la seconde moitié du VIIe siècle.

Boardman, p. 150:

Los griegos volvieron a conocer Egipto casi dos siglos después... la escultura monumental y la arquitectura en piedra.

Mossé, p. 54:

Quand cette prédominance étruscopunique cesse-t-elle en Méditerranée occidentale?... l'on peut accepter la conclusion de J. P. Morel...

Santos Yanguas, p. 364:

Además contamos con algunos testimonios literarios... como Samos, famoso por sus bronces, o Focea.

Santos Yanguas, p. 22:

En cuanto a los historiadores griegos del siglo IV a. n. e., de manera especial Éforo, pudieron... escritores posteriores.

Santos Yanguas, p. 94:

Otros emplazamientos como el de Monte Bubonia o Monte San Mauro, no cayeron... con caracteres puramente griegos, desde la segunda mitad del siglo VII.

Santos Yanguas, pp. 222-223:

Los griegos volvieron de nuevo a conocer Egipto casi dos siglos después... la escultura monumental y la arquitectura en piedra.

Santos Yanguas, p. 109:

¿En qué época hemos de situar el cese de este predominio etrusco-púnico en el Mediterráneo occidental?... pudiéndose aceptar las conclusiones de Morel...

Páginas y páginas de Boardman y de Mossé están incorporadas servilmente en esta Colonización griega de Santos Yanguas. El mismo esquema, con índices calcados, los mismos inicios y finales de párrafos, idénticos o parecidos epígrafes...; todo prácticamente igual hoja a hoja.

Todavía dos cosas más. En primer lugar, que nuestro autor ha tenido la mala suerte de no saber que Boardman preparaba una edición aumentada y anotada de su obra, recientemente aparecida (Londres 1980). En segundo lugar, quiero decir algo de la tergiversación de los originales. ¿Por qué en p. 110, línea 2, se dice «después», cuando el original copiado dice «depuis» en un contexto en que significa «desde»? ¿Por qué en p. 114, línea 27, se escribe «primer cuarto del siglo VII», siendo así que el original apropiado dice «dernier quart du VII» siècle»? ¿Por qué se traduce «frère» por «hijo», p. 165, línea 12, haciendo a Gelón de Siracusa padre de Hierón, si se da la circunstancia de que ambos personajes eran hermanos, cual

correctamente dice el pasaje original de Mossé? ¿Por qué cuando Boardman nos trae «this type of stand was later, in the eighth century, copied in Crete in bronze», Santos Yanguas lo recoge, p. 235, línea 24, suprimiendo el «en bronce», cosa que lleva a una evidente falsedad? ¿Por qué en p. 107, línea 20, habla de estaño en el «sur de Italia» cuando el original se ha referido al mediodía hispánico? ¿Por qué en p. 93, línea 28, ha traducido «collines» por «colonias»? ¿Por qué en p. 118, línea 13, se refiere el libro español a «dos niveles» si el original mencionaba diez? ¿Por qué cada vez que Mossé trae «aisé» o «aisément» Santos Yanguas escribe «difícil» y «difícilmente» (por ejemplo, p. 127, línea 21, y p. 131, línea 6)? ¿Por qué en p. 133, líneas 26-27, se dice que hay pinturas de vasos «que imprimen incluso sus temas en la mitología egipcia», en vez de decir, como escribió el auténtico autor, que «toman sus temas de la mitología egipcia?» ¿Le da igual al autor, p. 108, línea 9, «del este de Grecia» que «de la Grèce de l'Est»? Y muchas cosas más: esa «victoria cadmea» tan mal entendida de p. 106, línea 20; ese «posterieures» traducido por «anteriores», p. 124, línea 30; ese «siglo VII» por siglo VI en p. 121, línea 22, p. 129, línea 5, y p. 266, línea 33, dos veces sobre Mossé, una sobre Boardman; ese «no resulta difícil precisar» de p. 353, que traduce, diciendo lo contrario, a Boardman; ese «siglo VII» en p. 275, línea 14, en vez de siglo VIII, que es lo que trae el autor inglés; ese traducir «autant que» por «más que» en p. 140, línea 16; ese «unida» por «concurrencée» en p. 120, línea 2; ese «en época temprana» de p. 103, línea 6, cuando habría que traducir por «a continuación»; ese «siglo VI» por «V», en p. 121, línea 3; esa pérdida de sentido en p. 89, línea 34, por haber suprimido en la traducción el «des Héracléotes» que había escrito Mossé; ese «but» sustituido por «comienzo» en p. 102, líneas 18-19... Copia, pues, muy poco de fiar. Y eso que el repaso ha sido escasamente sistemático y en gran medida parcial.

Mejor no seguir. El lector sabrá extraer sus particulares conclusiones. Por mi parte, cerraré estas líneas críticas deseando que una cosa así no se repita en nuestro país. Nuestra precariedad hace que nos vaya mucho en ello.

Luis García Iglesias

WIRTH, GERHARD (Ed.). — Perikles und seine Zeit. Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1979, 559 pp.

Esta colección de artículos, cuyas fechas van de 1939 a 1976 y que se ocupan de una manera u otra de Pericles y su tiempo, nos ofrece una excelente documentación sobre la reciente investigación histórica de estos años. Mejor dicho, sobre una parte de la misma, la relativa a la reconstrucción de la política interna y externa de Atenas desde la fundación de la Liga Marítima hasta la guerra del Peloponeso. Pues sobre los aspectos culturales de esta época las contribuciones son mucho más flojas y sobre la personalidad de Pericles, casi inexistentes.

Es difícil separar la historia de Atenas en general de las aportaciones de Pericles; y, de otra parte, las conclusiones de los artículos recogidos no siempre coinciden. El artículo más antiguo, el de H. Schäfer, abre la serie de los dedicados a la historia de la Liga Marítima: su argumentación es a favor de que hubo una evolución gradual en la misma y no un cambio hacia posiciones imperialistas el año 443/2, en conexión con la aparición en las inscripciones de los distritos de la Liga. Esto es posible, pero no quita importancia a las conclusiones de R. Meiggs, quien hace ver

que es a raíz de la gran derrota ateniense en Egipto cuando, por la fuerza de las circunstancias, Atenas experimenta un repliegue gradual, busca una línea pacifista. Es un artículo importante, aunque hay que llamar la atención sobre las diferencias en la cronología que sigue respecto al de H. B. Mattingly. A este propósito hay que citar el artículo de A. E. Raubitschek, que describe los hechos políticos en Atenas entre las fechas de la muerte de Cimón y el traslado del tesoro de Delos a Atenas, a saber, la reorganización de la Liga como una Anfictionía.

Otros artículos más de detalle sobre este tema son el de H. T. Wade-Gery y B. D. Meritt sobre los recursos de Atenas en 449 (sobre la base del Pap. de Strassb. Gr. 84, con conclusiones sobre la solidaridad entre la política de construcciones y la naval) y en 431 (con la aceptación en Tucídides II 13, 3 de un texto que implica que Atenas poseía 6000 talentos menos 300 gastados); el de C. L. Murison que (frente a otros autores) niega una paz de Calias «formal»; el de Ch. W. Fornara, que frente a Wade-Gery y otros, rebaja la fecha de los decretos de Calias hasta el 418.

Todos estos trabajos tienen, naturalmente, importancia para juzgar la política de Pericles, aunque siempre es dudoso, como queda dicho, el dilucidar hasta qué punto es política suya o política ateniense en general, a veces impuesta por las circunstancias. Otros se refieren ya más directamente a él. Así el de R. Sealey, que analiza cómo entró Pericles en la política: según él, no como enemigo de Cimón, con el que tenía lazos de familia, sino dentro del juego de las relaciones entre las grandes familias. S. Mazzarino hace ver cómo la gran expedición ateniense a Sicilia ha oscurecido el recuerdo de las antiguas relaciones de Atenas con la isla, dentro de una línea de expansión hacia el Oeste que atribuye al propio Pericles (aunque éste no incurriera en ataques frontales arriesgados). Este talante «ofensivo» de Pericles es destacado más de una vez en el libro: sobre todo en el artículo de De Wet, que califica de ofensiva la política, no sólo naval, sino también terrestre de Pericles antes de y en la guerra del Peloponeso, con la excepción de no querer dar la batalla a los espartanos en el Atica. Muy notable es también el artículo de V. Ehrenberg sobre las intenciones subyacentes a la fundación de Turios.

Otros artículos referentes directamente a nuestro estadista son los que analizan el carácter de la oposición frente a él o de sus alianzas políticas. F. J. Frost debilita la figura de Tucídides el de Melesias como jefe de la oposición aristocrática y adelanta al 438/7 los ataques y procesos contra los amigos de Pericles, que atribuye al círculo de Cleón: suposiciones muy arriesgadas. A su vez R. Klein nos pinta a Pericles entre dos frentes, la oposición aristocrática y la del círculo de Cleón, atribuyendo a ésta los ataques contra sus amigos, el proceso del 430, las acusaciones que le calificaban como culpable de la guerra. Todo esto me parece dudoso, por más que sea cierto que Pericles atrajo a su lado a gentes conservadoras y que creó una coalición que sólo a su muerte se rompió. Pero no es menos cierto que era visto con desconfianza por los guardianes de las antiguas tradiciones: no puedo seguir a un historiador tan distinguido como F. Schachermeyr cuando propone que en la Antigona no deben verse discrepancias con el programa de Pericles y que Creonte es una especie de Cleón.

El tema de las causas de la guerra está tratado varias veces. El artículo más directamente dedicado al tema, el de H. Braunert, estudia la cuestión del decreto megárico y concluye que si Pericles se negó a abrogarlo y Esparta tomó una posición igualmente intransigente, ello se debe a que ambas partes no podían permitirse perder prestigio ante sus aliados.

Ya dije que sobre la figura del propio Pericles y su concepción de la política no es demasiado lo que podemos obtener de este volumen. El artículo de J. de Romilly se refiere más a Tucídides que a Pericles: presenta al primero como optimista, en cuanto que las causas de los errores de los políticos pueden ser descubiertas, para enseñanza de otros; para él, Pericles es el político que no comete faltas. M. H. Chambers, sin embargo, matiza esta opinión: para él Tucídides es favorable a Pericles, evidentemente, pero sin dejar con ello de desconfiar de cualquier régimen asambleario. También los trabajos de J. S. Morrison y de A. W. Gomme están relacionados con afirmaciones de las fuentes: para el primero, la μοναρχία que se atribuye a Pericles debe entenderse como una nueva forma de democracia, que se alía con la intervención política de las grandes personalidades; para el segundo, el término ha de entenderse en el sentido estricto de «tiranía». En todo caso, todo esto se refiere más a cómo era visto Pericles que a una interpretación moderna del mismo.

La falta de trabajo en este sentido es, como decíamos, la gran laguna del libro, aunque no puede dudarse que los trabajos recogidos son indispensables para profundizar en el tema de la personalidad de Pericles. La otra laguna es lo poco que se dice de la relación de Pericles y la Atenas de su tiempo con la religión, la literatura, las ideas (hacen excepción algunos artículos como el de V. Ehrenberg sobre Turios). En relación con el arte hay alguna cosa, el trabajo de G. Donnay sobre alusiones políticas (sólo en un sentido muy general) en el arte. Otro de V. D. Blavatzkij sobre la cultura ateniense en los tiempos de Fidias es más bien flojo.

El libro se abre con una introducción, nada fácil de leer, del editor. Incluye ideas bastante discutibles, como la explicación de la hegemonía ateniense por razones internas (para alejar a la gente de clases inferiores, políticamente molesta, si entiendo bien) o la presentación de Efialtes como continuador de Cimón. Se cierra con una bibliografía.

FRANCISCO R. ADRADOS

WALLACE, P. W. — Strabo's Description of Boiotia. A Commentary. Heidelberg, Carl Winter Universitätsverlag, 1979, XVI + 200 pp.

El objetivo fundamental del autor, según su propia declaración (p. VII), es el de examinar la descripción de Estrabón frente a los resultados de la investigación moderna, para determinar el valor de la relación del geógrafo para la historia y la arqueología beocias. El comentario, se nos dice en otra ocasión (p. VIII), pretende ser en primer lugar topográfico, y trata de localizar e identificar los lugares mencionados por Estrabón.

Pero naturalmente el comentario, que desde este punto de vista es excelente, no se agota en esta labor topográfica, sino que se extiende a otros aspectos; a este respecto el juicio no puede ser tan positivo.

Así, por ejemplo, en IX 2, 2 ss. Estrabón ha recogido un largo texto de Eforo (se trata del fr. 119 Jac.) en el que este historiador hace una conocida caracterización geográfico-histórica de Beocia. Este texto ha sido tradicionalmente reconocido como del máximo interés, y comentado en múltiples ocasiones. Wallace, quien recoge las conocidas interpretaciones de Bérard y Gomme, ha omitido la mención del trabajo fundamental de Momigliano («L'egemonia tebana in Senofonte e in Eforo, A&R 3, 1935, p. 101 ss., recogido en Terzo contributo alla storia degli studi classici e del mondo antico, Roma 1966, p. 347 ss.) que, aunque no se ocupa de las conside-

raciones geográficas, es fundamental para la interpretación del texto, y se ha conformado con atenerse a las superadas exégesis de Jacoby y Barber. Pero ha omitido, sobre todo, la consulta del trabajo que constituye hoy el tratamiento más completo de la cuestión, el de Wickersham, *Hegemony and Greek Historians*, Diss. Princeton 1972, p. 203 ss., lo cual es sorprendente dado que en otras ocasiones menciona tesis doctorales leídas en universidades americanas que hoy pueden ser fácilmente conseguidas.

Una parte sustancial del libro que comentamos (pp. 85-167) está dedicado al estudio de la relación entre el comentario de Estrabón y el Catálogo de las naves homérico. Esto era obligado, dado que ha sido el propio Estrabón el que ha planteado una buena parte de su descripción de Beocia como un comentario a la parte correspondiente del Catálogo homérico. A este respecto resulta verdaderamente singular que el autor no haya tenido cuenta del libro de Giovannini, Etude historique sur les origines du Catalogue des vaisseaux, Berna 1969, cuando, aparte de la bibliografía obligada, cita la tesis de Austin, Catalogues and the catalogue of ships in the Iliad, Diss. Berkeley 1965.

En el Apéndice II («La situación de Beocia en tiempos de Estrabón»), p. 173 ss., leemos consideraciones interesantes sobre las famosas observaciones de Estrabón relativas al estado de desolación de Beocia en su tiempo, observaciones que, entre otros, habían dado lugar al clásico retrato dibujado por Larsen («Roman Greece», en An Economic Survey of Ancient Rome, vol. IV, part III, ed. Frank, Baltimore 1938, p. 467): las deprimentes afirmaciones de Estrabón, aunque está probado que algunas de sus generalizaciones son exageradas, probablemente, como conjunto, pueden ser consideradas referencias verídicas de la miseria causada por las guerras civiles.

Las observaciones de Estrabón las leemos en IX 2, 5 y IX 2, 25, y Wallace subraya (p. 173) que un rápido repaso de los acontecimientos de la historia beocia inmediatamente antes del tiempo de Estrabón puede arrojar alguna luz sobre estas observaciones. La segunda, insiste Wallace, es ciertamente exagerada, porque el testimonio de las inscripciones (IG VII) muestra que un cierto número de poblaciones existía todavía, y los muchos pueblos beocios que Pausanias encontró habitados no es de creer que hayan surgido en los años que separan a Pausanias de Estrabón. Pausanias, sin embargo, anota una y otra vez que pueblos beocios están arruinados o desiertos. Por otra parte, apunta Wallace, quizás la segunda afirmación de Estrabón no es tan severa como es habitualmente interpretada. Estrabón no quiere decir que, con la excepción de Tanagra y Tespias, todas las ciudades de Beocia estén absolutamente desiertas, porque él mismo admite en IX 2, 28 que Tisbe está habitada, y en IX 2, 5 asume que Tebas es una pequeña aldea. Deberíamos tomar nota, además, del modo en que Estrabón utiliza la palabra polts en el sentido de ciudad, porque en III 4, 13 nuestro geógrafo critica la práctica de aplicar el término polis a comunidades pequeñas. En IX 2, 25, según la interpretación de Wallace, Estrabón dice que Tespias y Tanagra son las únicas poleis beocias que todavía perduran; las otras son «aldeas» y «pueblos». De hecho nuestro historiador aplica el término polis únicamente a Tespias, Tanagra y Antedón (IX 2, 13). En muchos de los pueblos de Beocia podían estar todavía viviendo algunas familias, pero cuando el aspecto general de lo que había sido en otro tiempo una ciudad próspera lo era entonces el de armazones sin tejado, murallas cayéndose y hierba creciendo en las calles sobre los guijarros, no es realmente una exageración decir que tal localidad está en ruinas. Estrabón habla únicamente de tres localidades como desiertas: Oropo (añadido por

el palimpsesto a IX 2, 10), Harma (IX 2, 11) y Haliarto (IX 2, 30). Wallace insistirá luego (p. 174 ss.) en que el elemento más importante que ha contribuido a producil la despoblación lo han sido las guerras que ha sufrido Grecia en los dos siglos antes de Cristo.

Acabamos de ver que en un punto concreto se toma en consideración una lección aportada por el palimpsesto. A este respecto la posición de Wallace era relativamente delicada, pues el libro IX de la Geografía de Estrabón no llegó a figurar en las ediciones de Aly y de Sbordone, y en la Colección de las Universidades Francesas no ha aparecido todavía, pese a que sí han sido publicados el X y el XI. Wallace ha tenido que recurrir a la publicación fundamental de Aly, De Strabonis codice rescripto, Ciudad del Vaticano 1956, y lo ha hecho con acierto.

J. LENS

WHITE, K. D. — Farm Equipment of the Roman World. Cambridge, University Press, 1975, XVII + 258 pp.

En este libro se contienen detallados estudios acerca de ciento diez artefactos agrícolas, repartidos en cuatro secciones atendiendo a los usos a que se destinaban y a los materiales empleados en su confección, cerrándose el volumen con dos breves notas, una de ellas relativa a la extracción del aceite de oliva y la otra —ésta de M. Bonnington— a los árboles y plantas que, según las fuentes documentales, proporcionaban las materias primeras para la producción de los diversos utensilios.

La composición de esta obra se ajusta al diseño según el cual está construida otra publicación del mismo autor (Agricultural Implements of the Roman World, Cambridge 1967), de la que es complementaria la que comento.

La exhaustiva documentación literaria y arqueológica, así como el profundo conocimiento de la materia que exhibe el autor en exposiciones extensas y claras, hacen de este excelente trabajo útil indispensable para los cultivadores de muy diversos campos: el lexicógrafo, el anticuario y el lector curioso pueden extraer provecho de este libro, que fue compuesto justamente para ser obra de referencia.

L. C. PÉREZ CASTRO

VIGNERON, ROGER. — Offerre aut deponere. De l'origine de la procédure des offres réelles suivies de consignation. Lieja, Imprimerie Nouvelle Maison d'Edition, 1979, 240 pp.

Con este estudio brillantemente realizado, el A., discípulo del Prof. Fritz Sturm, actual romanista de Lausanne, acomete un tema importante tanto en Derecho positivo actual como en Derecho romano, y lo hace siguiendo una vía inversa a la tradicional: partiendo del conocimiento del Derecho actual, se remonta a las fuentes históricas, con gran habilidad crítica y exquisito dominio dogmático.

El tema central es la mora debitoris, y las consecuencias dañosas de la imposibilidad de purgar la mora por diversas causas. Tanto en Derecho francés como en el belga, el acreedor puede poner en dificultades al deudor que quiere pagar, que sólo puede defenderse mediante un procedimiento complicado de ofertas reales seguidas de consignación, frente al Derecho alemán y suizo donde la simple oferta

purga la mora del deudor y pone en mora al acreedor. La sensibilidad histórica del A. supo captar y explicar como ambos sistemas surgieron del Derecho romano, y de ahí su investigación en las distintas épocas del Derecho romano, a través de la oblatio-obsignatio-depositio. Por tanto, el punto de partida del A. es claro: explicar cómo a partir del Derecho romano se derivaron dos sistemas diferentes en la materia. El A. niega cualquier origen griego de esta institución; antes bien, fue un mecanismo ideado por la Jurisprudencia romana, y pacientemente, texto a texto, y son muchos los que analiza y muy escrupulosamente, llega a la conclusión de que la mora tutoris in restituenda tutela fue la que dio el impulso decisivo al procedimiento de las ofertas reales seguidas de consignación. Para Vigneron la idea clásica de la depositio vino dada como expediente a favor del deudor que queriendo pagar se encontraba frente a una mora creditoris provocada por obstáculos tales como la incertidumbre sobre su identidad, ausencia o menor edad del acreedor. Respecto a la época republicana y especialmente Cicerón, el A. cree que pudo existir una depositio en esta época con el efecto interruptor de intereses, lo que sólo se daría en el caso preciso de una estipulación de intereses convencionales, valorando la información ciceroniana como una regla derogatoria que no incidiría sobre el régimen de los intereses moratorios no convencionales ni sobre la teoría de la mora. En definitiva, Cicerón sólo muestra un mecanismo imaginado por los gobernadores romanos de Asia Menor para proteger a los deudores contra la usura, y solamente en el siglo II d. C., después de establecida la teoría de la mora, es cuando surgen las primeras aplicaciones de la depositio a favor del deudor moroso que no puede purgar su mora porque no sabe a quién ofrecer el pago de su deuda; con ello, al deudor se aseguraba una protección complementaria a la teoría de la mora. Pero partiendo de unos pocos casos iniciales, el régimen se extendió por constituciones postclásicas al mero hecho de que el acreedor rehusara el pago, llegándose a invertir finalmente el mecanismo de la oblatio-obsignatio-depositio, que de ser un instrumento protector del deudor, se convirtió en una carga que se le imponía gratuitamente. Esta última solución fue la que llegó a los Derechos francés y belga, mientras que el alemán permaneció fiel al sistema de la Jurisprudencia clásica.

Como vemos, el A. con gran limpieza ha presentado un tema muy espinoso incluso en Derecho actual, y lo ha llevado adelante con brillantez. Su manejo de fuentes y literatura es exhaustivo, realizando un estudio que honra a su maestro y prologuista, Prof. Sturm, y cómo no, a él mismo.

ARMANDO TORRENT

SYME, RONALD. - History in Ovid. Oxford, Clarendon Press, 1978, IV + 240 pp.

La obra se abre con un «Preface» que explica la génesis y los resultados. Está destinada especialmente al estudio de la vida y letras de la obscura década que cierra el reinado de Augusto, para lo que (se verá a lo largo del trabajo) Ovidio es un documento inapreciable. Consta de doce capítulos, casi independientes, destinados, como Syme dice, a ser leídos y comprendidos por sí mismos, y que se reparten de tres en tres: I «The Chronology», II «Evidence in the Fasti», III «The Latest Poems»; IV «Forgotten Campaigns», V «The Friends of Ovid», VI «Patronage and Letters»; VII «The Sons of Messalla», VIII «Paulus Fabius Maximus», IX «Sextus Pompeius»; X «Poetry and Government», XI «Legislation and Morals», XII «The

L, 2.º - 11

Error of Caesar Augustus». A continuación una «Bibliography» de 138 obras, de las cuales 26 pertenecen al propio Syme, y un «Index of Proper Names».

Como del título se desprende, hay historia en Ovidio, sobre todo en el del exilio, parcelas muy concretas y a veces significativas de la historia social en función de personajes o acontecimientos que se estudian e interpretan a partir de los testimonios ovidianos; pero, aunque la seducción de Ovidio actúa insistentemente sobre Syme, le es necesario para que la historia sea tal acudir y servirse continuamente del caudal inagotable de las fuentes historiográficas y poéticas. Y nos vamos encontrando testimonios de Livio, Dión, Veleyo, Séneca, Suetonio, Tácito, Estrabón, Plinio, Jerónimo, Orosio, Virgilio, Propercio, Horacio, Marcial, Antología Palatina, inscripciones, etc.

Lo que suministran estas fuentes sirve para corroborar o no las noticias de Ovidio, para explicar las omisiones ovidianas, pero sobre todo, una vez analizadas minuciosamente, contrastando unas con otras, para apoyar las conclusiones de Syme, que son siempre fruto de un enfrentamiento personal con los problemas y de una concienzuda discusión, avaladas por una extraordinaria erudición.

La lista de nombres propios que ocupa cuatro páginas da idea más que suficiente de la cantidad de personajes que aparecen, muchos de los cuales son identificados, de los que se dan datos no conocidos, o de los que se corrigen noticias que hasta hoy se aceptaban. Allí están los amigos de Ovidio, sus protectores.

Obra de consulta obligada desde ahora para el estudioso de Ovidio y para el historiador, sea cual sea la parcela de la que se ocupe en este período, pues son innumerables los aspectos de la vida romana contemporánea a Ovidio que se clarifican en este estudio.

Tantas y tan variadas son las noticias que aparecen en este trabajo que es imposible resumirlas y difícil hacer una selección. No obstante, nos detendremos en algunos aspectos. Podríamos destacar la atención que presta a la controvertida cuestión de la cronología de algunas de las obras de Ovidio. Coincide Syme con los muchos que se han ocupado del tema en que Amores, Heroidas y Medea presentan problemas insuperables, resultando un campo abierto a toda clase de conjeturas, y se decide, deduciéndolo de la interpretación de datos que la propia obra ofrece (por ej. la alusión a los sigambros), a colocar la terminación de Ars amatoria I y II antes del 7 a. C., adelantando la fecha de esta obra que comúnmente se piensa que empezaría a escribirse sobre el 6 a. C., aunque también D'Elia, en un trabajo que Syme no recoge («Problemi Ovidiani: cronologia e autenticità di Her. XVI-XXI», AFLN 7, 1957, pp. 59-60), defiende que en el 9 a. C. ya lo estaba escribiendo.

Los Fastos, esto no supone novedad, los sitúa entre 1 y 4 d. C., pero insiste decididamente en que no sólo el 4 es el año en que acabó el sexto libro, sino también y sobre todo en el que decidió no seguir adelante, lo que estuvo relacionado con la adopción de Tiberio. Ovidio debía de estar cansado de alabar a la dinastía Julia, y la idea de tener que incluir a la Claudia desde entonces reforzó su decisión. Estas afirmaciones están respaldadas por abundante documentación: Tiberio sólo es nombrado en los Fastos en lo que añadió al libro I; las efemérides que debía cantar en agosto las adelantó a mayo (templo de Mars Ultor), etc.

Se plantea en profundidad y también con abundante documentación las tres clausuras del templo de Jano, y se detiene siempre en todas aquellas noticias que pueden resultar controvertidas, abandonando frecuentemente a Ovidio para, relatando hechos basados en otros testimonios, poder volver a él.

Tristia y sobre todo Epistulae ex Ponto proporcionan datos preciosísimos que Syme sabe aprovechar, descubriendo una campaña militar de la que no se tienen noticias, una victoria de Germánico en el año 13 d. C. por la que Augusto recibió su vigesimoprimera salutación imperial, Tiberio la séptima y Germánico la primera, lo que implica además que éste habría recibido el imperium proconsular, lo que no estaba claro. Gran atención dedica Syme a la figura de Germánico, y destaca la gran importancia que tuvieron las guerras de los Balcanes que fueron obscurecidas por las de Germania.

Auténticas monografías, preñadas de puntualizaciones, son los capítulos dedicados a los hijos de Mesala, a Paulo Fabio Máximo, o a Sexto Pompeyo.

Muy interesante es el capítulo X, en el que, basándose en las noticias que suministran los poetas (Horacio, Propercio y el mismo Ovidio), y añadiendo las de los historiadores, fundamenta algo ya conocido, a saber, las diferencias existentes entre los poetas augústeos (Virgilio y Horacio) y la joven generación de elegíacos, con sus posturas apolíticas, y que, aunque gozaban de algunos beneficios de la pax augustea, no se sentían en modo alguno comprometidos o identificados con lo que Augusto representaba. Estos poetas admiran y sienten el espíritu alejandrino, y junto a ellos, admirando y sintiendo como los elegíacos, toda una generación de hombres y de mujeres a las que las guerras civiles habían convertido en viudas o divorciadas. Gustos literarios e historia social marchan unidos.

También se aborda el problema del exilio de Ovidio; se parte de los textos del poeta y se pasa revista a las distintas teorías que existen sobre éste. Se detiene en las proclamaciones de inocencia por parte de Ovidio, en que nunca el poeta consideró justo el castigo y en la alusión reiterada a la *ira* del Príncipe. Documenta el hecho de que el Ars no fue más que una excusa, y que no era la inmoralidad lo que se castigaba, sino que otras razones llevaron a Augusto a adoptar tan grave decisión, a saber, la conciencia de una crisis política. Syme recuerda la relación que hay entre el destierro de Silano y el de Ovidio, y también hace hincapié en que no fue por inmoralidad por lo que desterró a su hija. En Ovidio y lo que él, como otros, podía representar se castigaba el no compromiso cercano a la oposición. Pero, como se reconoce, el *error* del Príncipe brindó al poeta la posibilidad de resarcirse y llevar a cabo una defensa de la literatura y de la libertad, saliendo victorioso en la controversia.

Hemos querido aludir a algunos de los puntos que se abordan en el libro que reseñamos. Las excelencias de la obra están garantizadas de antemano por el nombre del autor. Syme nos muestra de nuevo aquí su profundo conocimiento de la historia romana, y es el entusiasta del Ovidio del exilio. La exhaustividad con que se plantea las innumerables cuestiones que se discuten y la extraordinaria erudición de que hace gala dan como resultado que su History in Ovid sea de una densidad de contenido fuera de lo común; nada es desaprovechable, nada es poco importante; rigor científico se percibe desde la primera a la última página; libro de consulta obligada, como decíamos antes, por el caudal de noticias y por la interpretación de las mismas. Después de esta obra todos debemos esperar con ansiedad The Augustean Aristocracy, para incluir en la cual pensó Syme, como él dice, muchos de los capítulos que componen este libro, y a la que alude varias veces a lo largo de este trabajo.

FRANCISCA MOYA